

50 años en el yunque del periodismo

Los comienzos en España.

"No se porqué pero yo he sido un enamorado de mi profesión; me he sentido periodista toda mi vida. A tal extremo he sentido la pasión del oficio que yo he sido muy feliz trabajando en mi carrera. He tenido altos y bajos, como los tiene el hombre en todas las actividades de la vida pero tengo gratísimos recuerdos del trabajo en el periódico.

"Hasta hace algunos años los periodistas nos pasaba lo que a los médicos, no había especialización; el que era médico, lo era en medicina general. A mí me tocó hacer de todo, y lo hice con gusto probablemente por esa pasión por la profesión, y una inmensa curiosidad que he tenido siempre, curiosidad que me ha llevado a leer muchísimo, porque la lectura abre nuevos horizontes a cada momento; así las cosas, repito, me tocó hacer de todo en el periodismo, pero lo que más hice fue crónicas parlamentarias. Me especialicé en esta rama cuando nuestros parlamentos eran, puede decirse, el corazón de la nación. Porque entonces sí era el Congreso el que verdaderamente dictaba las leyes. Sin embargo, de los viejos y nuevos congresos hablaremos más adelante, ya que usted me ha hecho una doble pregunta, sobre el sentimiento que me embarga en esta ocasión y también acerca de mis años juveniles en España. Yo me retiro no porque quiera hacerlo, me retiran los años; y me retira mi conciencia.

"Entre mis muchos defectos he tenido —y tal vez esté mal que yo hable de esto —una virtud; y es que si tengo el compromiso de hacer diez cosas, procuro hacer 15, y sobre todo sin son para el periódico. Y si no, no quedo satisfecho. Como dije antes, fui cronista parlamentario durante 35 años, pero hacía como los médicos generales: de todo, hasta operaciones.

"¿Por qué me vine a América, por qué no seguí en España? Voy a explicárselo. Cuando yo estaba haciendo mi bachillerato editábamos un periodiquito estudiantil, que se llamó "Cultura y Acción". Soy aragonés; nací en Zaragoza, ciudad en donde salía el periódico, del cual yo era director.

"Esa publicación era bastante infantil, hecha por adolescentes; pero no tan infantil como son ahora muchos jóvenes. Aquel periódico era un órgano de protesta, pero de protesta en un medio difícilísimo, no como sucede aquí en Costa Rica, que es muy fácil protestar; no acarrea ninguna responsabilidad. Pero protestar en la España de hace más de medio siglo, con unos señores que tenían un sentido de la autoridad heredado "por la gracia de Dios", predestinados —según ellos —por el Cielo para gobernar sobre vidas y haciendas, con un espíritu más duro que los pretores romanos, pues mi amigo, la cosa no era jugando, ni era como ser rebelde aquí en Costa Rica; aquí hasta resulta elegante ser izquierdista, y hablar a todas horas en contra de la República, amenazando con la resolución que ya viene.

"Desde mi adolescencia, por naturaleza, por herencia principalmente de mi abuelo, quien había sido republicano, miembro de la guardia republicana, por instinto, digamos, fui rebelde y extremista. Con aquel periodiquito comenzó mi pasión por el periodismo. Cuando cumplí veinte años acababa de ocurrir en Marruecos una acción militar; España estaba en guerra con los marroquíes. Yo tenía las condiciones exigidas por los militares para ingresar al ejército, contra el cual había escrito mucho. Una vez me detuvieron quince días, luego me soltaron gracias a una amnistía. La condena era por tres meses, y se de-

El retiro de don Manuel

Nota del redactor:

Don Manuel Formoso, subdirector de La Nación, se retira del periódico para acogerse a un descanso después de más de medio siglo de pelea permanente en las lides de la prensa costarricense. Para mi este acontecimiento tiene doble significado, al embargarme dos sentimientos opuestos.

El primero, de pena al retirarse de nuestro lado quien ha sido no un jefe sino el compañero y el padre. Porque a don Manuel Formoso, a su empeño generoso, se debe que me encuentre en esta casa querida. Por otra parte, comprendo que después de una brega pareja, sin desmayos, le asiste todo el derecho del mundo para un descanso y un disfrute en unión de su señora esposa, doña María del Carmen Herrera de Formoso, de sus cuatro hijos y de su casi docena y media de nietos; y esto nos alegra mucho, porque es el premio a tantos afanes, a tantas luchas. Sin embargo, sabemos que el retiro de don Manuel será parcial, porque aún tiene muchas cosas que contarnos y muchas batallas que dar. Batallas que aún en este reportaje de despedida, en el cual nos cuenta desde sus años mozos en la España turbulenta de la segunda década del siglo hasta los días actuales, siguen en pie. Porque, como dice el viejo refrán, genio y figura hasta el final.

Un fuerte abrazo, querido amigo don Manuel, de este patillo de Targuá que le debe tantas cosas, con esa amistad y esa comprensión invariables a lo largo de más de 12 años.

Miguel Salguero.

bió a un artículo en contra de la Guardia Civil.

Consideré entonces que si en traba al ejército por tres años, me envilecía, ya que regía hasta el castigo corporal. Un teniente por cualquier quitame allá esas pajas, un "usted anda con los zapatos sucios", podía enviarlo a un castigo rigurosísimo. Yo no estaba dispuesto a aceptar eso y me fui a Francia.

De París a América

"Llegué a la ciudad de París en unas circunstancias muy especiales. Corría entonces el año 1920, los finales. La guerra había terminado, en 1918, y mientras venía el tratado de Versalles no licenciaron sino una parte muy pequeña del ejército; cuando los soldados llegaron a las fábricas se encontraron con que estas trabajaban con grandes contingentes de españoles. Esto se debía a que España no había participado en la guerra y los franceses aprovecharon para poner a producir las fábricas con mis compatriotas. Pero al regresar los soldados comenzó a imperar un sentimiento antiespañol, ya que los franceses veían a los nuestros como una especie de usurpadores de sus derechos. La situación se tornó así muy difícil.

"Yo llegué a París con muy pocas pesetas en la bolsa. Dichosamente nuestra moneda era la más fuerte de Europa, gracias a la circunstancia ya apuntada de que no participamos en la guerra del 14. Me fue muy bien, pese a todo, porque en el barrio latino me encontré con un compañero de mi ciudad natal; además, en aquel barrio la comida y el alojamiento eran muy baratos.

"Varios meses después yo empecé a reflexionar sobre mi situación. "Tengo aún dinero, pero si continúo esta vida, pronto me voy a quedar sin un franco. La situación para nosotros los españoles es difícil en Francia; lo mejor es irme a otra parte. Pensé entonces en hacer un viaje por tierras americanas; y sin pensarlo mucho, tomé un barco y me vine hacia Panamá.

"En este país tuve la desgracia de caer en Colón, en aquella época una ciudad sucia, con enorme cantidad de negros que vivían en pésimas condiciones. Además, un calor tremendo, algo muy grave para mí porque venía con trajes de casimir, imaginé. Desde mi hotel el panorama era deprimente; y esta depresión aumentó cuando vi la prostitución en las calles, descarrada... Al día siguiente decidí irme de Panamá, pero, ¿dónde? En eso me acordé: a Cuba, que está cerca; y en Cuba estaba Je-

sús Arenas, un español que era amigo mío. Cuba era la más española de las naciones americanas; fue el país en donde duró más la dominación de España.

Llegamos a Cuba, pero me en contré con otro clima parecido al de Colón; un calor sofocante. Ah, y esa facundia del cubano que habla hasta por los codos, con una tranquilidad pasmosa, que le afirman que ahora es de noche aunque esté el día a pleno sol. Pues por todo esto me dije: no, no me quedo aquí, que es gente tan distinta a la mía, pero para dónde me voy? A México.

"Yo llegué a México en 1922 o 1923, cuando acababan de entrar a la ciudad capital los Dorados de Pancho Villa. El gobernador civil era un Fausto Topete, general, y el gobernador militar su hermano, otro general. Por aquella época había en México una situación muy difícil para las personas; no existía seguridad para nadie. Ni para la vida de las personas, ni para los bienes. Asaltaban como aquí, en estos días, y obligaban a los choferes a entregar a los asaltantes hasta los pantalones.

"Pues en esa situación yo decidí probar fortuna con la poca plata que me quedaba. Me asocié con un mexicano y un paisano español; pusimos una imprenta pequeña, en la plaza Miravalles número tres, que hoy es el centro de México. Se llamaba nuestro negocio "Imprenta Mundial", nada menos. Era una imprenta cualquiera, pero empezamos a ganar plata; el socio mexicano tenía muchas conexiones, especialmente en el congreso, y traía mucho trabajo. Todo marchaba bien, y como nos iba bien compramos un enorme Buick de segunda mano. Por aquellos días en un centro social tuvimos un incidente con dos personas a quienes en ese momento no conocíamos. Tanto mi socio español como yo, dadas las circunstancias de aquel México post-revolucionario, andábamos armados. Y les sacamos pistolas a los individuos, que no eran otros que el general Topete y su ayudante, un hombre llamado Pistón con fama tremenda de sanguinario. El incidente pasó pero a este hecho, nada tranquilizador —aunque yo tenía el temple que dan los años mozos, y no me asustaba fácilmente —se agregó un accidente automovilístico en el cual resultamos heridos Miguel, mi socio, y yo. Se debió a una noche de bohemia y esto me hizo reflexionar nuevamente. S era cierto que nos iba bien, por otra parte la vida bohemia no era la que yo, un joven lleno de ideales, con deseos de arreglar el mundo, andaba bus-



Don Manuel Formoso Peña

cando. De nuevo tomé las maletas y decidí marcharme a otro país.

Camino a Buenos Aires

"Salí de México por Manzanillo; aquí me embarqué en un pequeño barco llamado "Guerrero" —por el estado del mismo nombre—, y nos hicimos a la mar. Recuerdo que hizo escala en Acapulco, un lugar prácticamente deshabitado. Si yo hubiese sabido, compro una finca en este puerto y ahora sería multimillonario. Bien, seguimos hacia El Salvador, en donde atracamos en La Libertad. Aquí no había muelles; lo bajaban del barco a uno en lancha y luego al llegar a tierra lo metían en una especie de cesta. Estuvimos poco tiempo, para seguir rumbo a Panamá.

"Pensé entonces en irme a Suramérica. En otro barco conseguí pasaje, pero antes de embarcarme me hice amigo de unos estudiantes peruanos exiliados. Esto ocurrió a raíz de un "miting" de extrema izquierda en el cual participé. En el Perú gobernaba un dictador de carácter civil, Leguía, con una represión tremenda. Es curioso, pero los dictadores "civiles" son más crueles que los militares, porque estos se consideran más seguros con un ejército que los apoyan. Bien, esos estudiantes me dieron unas cartas para sus parientes y amigos de Lima.

"Nos hicimos a la mar en Panamá y luego de varios días de navegación llegamos al puerto de Guayaquil, Ecuador, en donde había grandes problemas de salud. En aquellos años las aguas negras, la tifoidea y otras fiebres hacían estragos por todas partes.

"Las cartas que yo llevaba eran para estudiantes de la Universidad de San Marcos, en Lima. Yo realmente no sabía cual era la verdadera situación; y al llegar al Callao, comencé a enterarme. Pero cuando encontré a los estudiantes y les dije "Miren, compañeros, aquí les traigo unas cartas de..." hubo una reacción tremenda de miedo, de temor a la dictadura, porque en realidad la cosa no era jugando.

"En vista de aquella circunstancia, decidí seguir el camino de Santiago de Chile. Aquí me encontré con que estaba Vicente Huidobro, un poeta que hacía unos versos en una forma especial. Muy buen poeta por cierto; años más tarde cambió el estilo "de pirámide" y llegó a hacerse famoso. Hacía un periódico que se llamaba "La hora", en el cual trabajé algún tiempo. Pero, inquieto, sin hallarme contento en Santiago por diversas razo-

nes, de nuevo hice maletas y entonces crucé la cordillera y me fui a Buenos Aires. La razón principal: mis pocos años. Y la falta de mi familia y de España.

"Por fin llegué a la gran ciudad argentina. Aquí pudo abrirme campo y durante unos seis meses trabajé en un periódico que se llamaba "Crítica", que después se hizo famosísimo. Vivía en el barrio Boedo, el barrio tí pico, a 25 varas del Club Deportivo Huracán, llamado "el club del Globito". Fueron meses de mucha actividad en ese gran Buenos Aires, porque ya en aquella época era una ciudad de mucha importancia.

"Sin embargo, no eché raíces en Buenos Aires, porque crucé el río de La Plata y llegué a Montevideo, Uruguay. Aquí conseguí empleo en un periódico llamado "La Mañana". Fue en aquel país suramericano en donde estuve más tiempo; y en el cual me habría quedado definitivamente por ser su gente y la ciudad de Montevideo, algo muy especial. El director del periódico se llamaba Carlos Manini Ríos; existe todavía La Mañana y lo dirige Carlos Manini hijo. Don Carlos era una gran personalidad, senador —dignidad que sigue a la de presidente— jefe de una de las cinco fracciones en que se divide el Partido Colorado; porque allí existe —o existía —esa disposición de poder dividirse un partido en varios fracciones, cada una de las cuales postulaba a un candidato; el que obtuviera mayoría de votos, arrastraba las otras tendencias del partido. Una habilidad legal de los Colorados que les sirvió para mantenerse en el poder muchos años.

"Pues bien, de Montevideo no me hubiera ido a no ser por un asunto sentimental, pero esto me movió a tomar un barco de una compañía que hacía el viaje desde aquel puerto hasta Nueva York. Tocaba solamente Buenos Aires, Montevideo, Santos —San Pablo —Río de Janeiro, y Bahía; de Bahía iba a Trinidad; y de aquí seguía hacia Nueva York. Yo me quedé en Trinidad y tomé otro vapor para Colombia.

"Un vapor italiano llamado "Venezuela", me trasladó de Trinidad a lo que hoy es un puerto grande, en el río Magdalena, el cual ya fue canalizado. En aquellos tiempos no se había hecho el trabajo de canalización, que costó cientos de millones de dólares. El punto se llamaba Sabanilla o puerto Colombia; por un ferrocarril se iba hasta Barranquilla.

"En Barranquilla me hospedé

50 años en el yunque del periodismo

Viene de la Pág. 2

en una pensión que se llamaba "Pensión Francesa", a la cual acudí por el recuerdo de Francia, de su barrio latino. Yo creo que los mejores periódicos del mundo son franceses; tal vez los norteamericanos tienen más riqueza material, cosas más espectaculares, pero en materia intelectual, en materia cultural el francés tiene mucho más que ofrecer, más imaginación, más perspectiva; hay gente que no ve lo que tiene enfrente de la nariz, pero el francés ve mucho y lo sabe expresar. Son presuntuosos, claro, y están convencidos de ser "la tapa del perol", pero en realidad Francia tiene una cultura extraordinaria. Pues bien, por todas esas razones me hospedé en Barranquilla en la Pensión Francesa.

"Me hubiera gustado conocer Bogotá, pero en aquella época solamente había dos medios de hacerlo: por avión, en una empresa primitiva —la línea aérea comercial más antigua de América Latina, formada por una sociedad colombo-alemana,— y des de luego sin mucha seguridad en el vuelo, y por el río Magdalena, mediante un vapor de ruedas al cual ayudaban a impulsarse varios hombres por medio de grandes cañas, con una duración del viaje de doce días para llegar a un puertecito que se llama Girardot. Aquí se tomaba el tren para llegar a Bogotá. Realmente no era muy halagüeño un viaje a la capital colombiana. En Barranquilla y Cartagena.

"La pensión era manejada por una señora francesa y sus dos hijos, Carlos y Denis. Llegué, me pidieron los datos personales los registraron y yo me fui al cuarto. Al poco rato me tocaron la puerta. "Don Manuel, lo esperan unos periodistas". Resulta que al frente de la pensión había un periódico que se llamaba "La Prensa", y algunos redactores con el director estaban tomando refrescos en la pensión. Como yo puse en el registro que era periodista, aquellos colegas quisieron conocerme.

"Me vestí y salí al salón en donde tomaban tragos y conversaban alegremente. Había un grupo de gentes muy simpáticas, uno de ellos llamado Juan B. Fernández, columnista y senador; otro se llamaba Francisco Pardo, quien firmaba sus cosas con el seudónimo de Paco Lince. También estaban los dos dueños del periódico, que eran Gabriel y Carlos Martínez Aparicio. Comenzamos a hablar cosas de aquí y de allá, luego me llevaron a conocer el periódico. "Hombre —me dijeron— por qué no se escribe algo para mañana?". Ellos ponían en duda —lo capté— que yo supiera algo de periódico. De inmediato les dije que sí. Por aquellos días estaba en el tapete el caso de Sacco y Vanzetti, en los Estados Unidos; se discutía si se ejecutaba o no a esta pareja de sindicalistas. "Ustedes tienen clisés de Sacco y Vanzetti?", les pregunté. "Hombre sí". Bueno, pues, allí mismo cogí una máquina y les armé un "magazine" sobre aquel famoso caso. En esos años yo trabajaba muy rápidamente, no digo que en cinco minutos, pero si en diez o doce les armé esa página, que salió publicada al día siguiente. Al ver el artículo me dijeron que fuera al taller para que le explicara al formador cómo debían ir las fotos y el texto.

"Pues el artículo salió al día siguiente, en efecto, y también un saludo de la dirección que decía "desde ayer es huésped de la ciudad de Barranquilla el distinguido periodista español don Manuel Formoso Peña", y tal y cual. Luego me dijeron: "No se vaya, quédese aquí". Me quedé.

"Yo había visto en Buenos Aires y Montevideo una cosa muy especial: los reportajes: lo mismo que hacemos aquí actualmente. En aquellos días estaban dragando ya las bocas de Ceniza, o sea la entrada del Magdalena. Yo hice varios reportajes sobre esto; también de muchos otros tópicos.

"Por cierto que ahora que me retiro deseo ir con mi señora a un recorrido por Barranquilla, Cartagena, Santa Marta, Ciénaga, y luego hasta Río Frío, en donde termina un ferrocarril de la compañía Bananera, que aún debe estar en funciones; quiero visitar Aracataca, que es el Macondo de la obra de García Márquez. En fin, recorrer de nuevo todas aquellas tierras.

"Un día de tantos viajé de Barranquilla a Cartagena, y que dé encantado con esta ciudad colonial, llena de monumentos como el castillo de San Felipe. En Barranquilla por aquella época se moría la gente como moscas debido al tifus, fiebres de aguas negras y otras enfermedades mortales, transmitidas por los mosquitos.

"Vivía en aquella ciudad un boticario español, de quien me hice muy amigo. Se llamaba el negocio "Botica Cervantes". Se moría alguien en la ciudad y, por el calor, había que enterrarlo rápidamente. Por eso andaban unos individuos con una brocha quienes pegaban avisos en determinados sitios de la ciudad: "Se murió fulano de tal y se enterra a tal hora". Esto no me hacía nada de gracia, a pesar de que el boticario me dijo que la única manera de inmunizarme contra las aguas negras y el tifus y todo eso era con una inyección de Sarvazán, hechas a base de mercurio. Yo era joven, y aunque nunca me he preocupado excesivamente por la muerte, pues quería, muchas cosas y aquella situación no me hacía sentirme muy feliz.

"El caso es que cuando conocí Cartagena me gustó mucho por ser tan español, ya que es un monumento a lo nuestro. Yo tenía, un sentimiento patriótico muy arraigado y por esas razones decidí trasladarme a Cartagena, en donde me fui a vivir a una pensión de una señora catalana, quien cocinaba muy rico. Entre los pensionistas estaba un periodista que se llamaba Roldán, padre del Curro Roldán, quien luego se vino para Costa Rica. Y un muchacho que había trabajado aquí en la Compañía del Cable —la "All American Cables",— que vivía enamorado de Costa Rica. "El país más lindo, por sus montañas, su clima, todo —decía—: "Hablaban muy románticamente de las melcochas danzantes que se hacían en las noches, de la luna, en fin de mil cosas. Todo el tiempo hablaba de Costa Rica.

"Yo conseguí trabajo en un periódico llamado "Diario de la Costa", que aún se edita en Cartagena, y con los mismos métodos viejos y un poco anticuados ya. Por cierto usted me trajo un ejemplar comprado cuando anduvo por tierra colombianas. El dueño era un senador que viajaba a Bogotá por largas temporadas y me dejaba a mí de director. En este periódico con frecuencia leía yo notas de gentes de Cartagena y otros lugares que venían de vacaciones para Costa Rica. En vez de hacer el largo viaje por el Magdalena, preferían venirse a Limón y tomar luego el tren hasta Cartago, a donde llegaban no solo por el cambio de clima sino porque todo resultaba más barato. A mí se me fue despertando la curiosidad por ese país de que tanto se hablaba.

"Don Carlos Escallón, el dueño del periódico, seguía con sus viajes a Bogotá y yo con la espina de conocer Costa Rica. A mí se me abrían todas las puertas en Cartagena, porque para estas gentes, y el colombiano en general, es merecedor de toda clase de consideraciones el trabajador intelectual, el escritor, o periodista. Pero aun con todas estas ventajas, un día de tantos de nuevo alisté las maletas y me vine a conocer Costa Rica. "Voy a conocer ese paisecito y luego me traslado a México, en donde ya se ha estabilizado la situación y están en un gran plan de desarrollo". Así, un día de 1927 desembarqué en Puerto Limón.



En su hogar situado en Guadalupe, don Manuel Formoso y su señora doña María del Carmen Herrera de Formoso.

"En la pensión de Cartagena vivía un periodista y escritor español, amigo mío, que en cuanto supo que venía para Costa Rica, me dijo: "Yo también me voy". Y nos vinimos solamente a conocer.

"Pero resulta que en cuanto puse pie en tierra, tomé el ferrocarril, y comencé a viajar hacia el interior del país, me di cuenta de que había llegado al país

que anduve buscando tantos años. No sólo la belleza del paisaje, el clima, sino la gente sencilla, educada, con grandes afanes de superación cultural; y una democracia ejemplar, que en esos momentos era capitaneada por dos grandes hombres, uno de ellos a mi juicio un santo: don Cleto González Viquez. Pues cuando descubrí Costa Rica, se borró de mi mente el de-

seo de seguir el peregrinaje. Así eché raíces en esta tierra que es mi querida Costa Rica, en donde formé un hogar con una santa mujer, en donde tengo cuatro hijos, 16 nietos, y 47 años de trabajo en los periódicos del país. Sí, aquí encontré un gran país. Y me quedé para siempre". La próxima semana: 47 años de periodismo de un periodista "enajado".

50 años en el yunque del periodismo

Segunda parte de la entrevista efectuada a don Manuel Formoso Peña, subdirector de La Nación, con motivo de su retiro del ejercicio de la profesión, luego de 50 años de labor ininterrumpida en el periodismo.

M.S.

Debut como director de La Prensa.

"Decía contestando a su pregunta anterior que al llegar a Costa Rica me encontré con un país como el que yo había estado buscando durante tanto tiempo. Me enamoré del país desde el primer día que llegué. En aquella época estaban en plena campaña don Cleto González Víquez y don Carlos María Jiménez; en las casas ponían unos "vivas" grandes, del color del partido respectivo, con la fotografía del candidato. Yo vi a los dos políticos, los analicé, lo mismo que mi compañero, Roldán, quien se hizo carlista y yo, de inmediato, simpatice con don Cleto; me hice cletista por intuición. La cara de aquel hombre de enormes bigotes y su mirada bondadosa me agradaron, en cambio don Carlos tenía un gesto un tanto autoritario.

"Por esa aversión al autoritarismo nunca me ha gustado ser director de periódicos. En una empresa de estas hay que mandar, controlar mucho, imponer disciplina, y yo soy incapaz de llamarle la atención a una persona que no cumpla con su deber. Fui director de "La Tribuna" contra mis deseos, y tuve compañeros que eran muy amigos del trago; "se las pegaban" hasta una semana entera. El administrador me decía: "Don Manuel, a este hay que rebajarle la semana completa", pero yo le contestaba que no, que yo había hecho el trabajo de aquel compañero y, por lo tanto, debía pagársele su salario. Pero me estoy adelantando y no he contestado su pregunta sobre mis primeros pasos en Costa Rica.

"Yo llegué a San José y me hospedé en el Hotel España, situado muy cerca del Mercado atraído por el nombre porque al saber de un hotel que se llamaba España, propiedad de españoles, no averigüé nada más. Y es que en aquella época llegaban a la estación del tren a buscar pasajeros; el transporte se hacía en coches.

No me gustó el alojamiento y al día siguiente salí a la Avenida Central y me encontré con un lugar que se llamaba "Pensión Italiana", esquina opuesta al Diario de Costa Rica, situado en el punto en donde hoy se encuentra el hotel "Royad Dutch". La pensión estaba en los altos de lo que luego se llamó tienda "New England", y era propiedad de los hermanos Barletta, italianos. Me gustó el sitio, con traté una habitación y me trasladé de inmediato.

"En la pensión italiana conocí al periodista y años después catedrático, Abelardo Bonilla, pensionista. Abelardo me llevó al cafetín de "La Florida", a don de llegaban artistas, periodistas, escritores, bohemios y era un lugar preferido por los españoles; entre estos, el impresor don Ricardo Falcó, quien había sido "anarco-sindicalista" en España; yo también había simpatizado con este movimiento.

Insensiblemente me fui quedando en San José. Un día don Ricardo Falcó, asiduo asistente al cafetín me dijo: "Mire, véngase a trabajar conmigo; yo lo he venido oyendo, estudiando me parece que es un muchacho inteligente, preparado, y pode-

mos hacer una gran pareja." En su imprenta editaba un vespertino que se llamaba "la Prensa", cuyo precio era de cinco centavos. Ante la oferta de Falcó, yo le dije: "Mire, no conozco el país; soy un recién llegado y qué cosa le podría hacer para su periódico? Un comentario internacional, críticas sobre libros y no informaciones nacionales, no? A "La Prensa" la habían dirigido periodistas y escritores muy buenos como Vicente Sáenz, Rómulo Tovar y otros. "Usted será el cerebro, yo el brazo" me replicó, porque Falcó era periodista. Al oír aquello me dijo Julio Padilla, de quien ya me había hecho amigo: "Acepte, Manuel; y cuando tenga alguna duda para hacer un editorial, me pide datos a mí; este es un país pequeño, y usted lo va a conocer dentro de muy poco tiempo". Efectivamente, al mes de estar aquí yo hacía editoriales sobre problemas de Costa Rica.

Muerte de "La Prensa".

"Las cosas marchaban bien, pero de pronto acaecieron grandes inundaciones en la zona del Atlántico, se interrumpió durante seis meses la línea ferroviaria y se nos agotó el papel. En vista de la situación, José Borrás, propietario de "La Nueva Prensa", me ofreció trabajo. "Yo sí tengo papel; quiero que se venga conmigo". Le expliqué la situación a Falcó y me dijo: "sí, sí; vete, que creo es lo mejor para ambos". Fue así como estuve trabajando un tiempo en "La Nueva Prensa", que hoy es "La Prensa Libre".

"Por aquella época teníamos la costumbre de sentarnos, luego de que terminábamos de hacer La Nueva Prensa, en una gran ventana del negocio "La Geisha". Abelardo Bonilla se sentaba, pensativo, en una posición muy particular. "Eu Buda del grupo", le decíamos. Allí estaban José Marín Cañas, Enrique (Jari) Guier —luego Presidente de la Corte Suprema de Justicia— Zelaya, Cristián Rodríguez Mario Sancho y, otros cuyos nombres escapan a mi memoria.

Esas reuniones eran como el prelude de la tertulia nocturna que se prolongaba hasta la madrugada; hasta que Camacho el dueño del negocio, andaluz como Marín Cañas, y un purista del lenguaje daba dos palmadas y nos decía "Bueno, sabios, ¡pagad e idos!".

De La Nueva Prensa a Diario de Costa Rica

"Un día de tantos Mini Salazar —Carlos Salazar Gagini— un buen periodista, encargado de los cables e información internacional que había trabajado en la prensa de Estados Unidos, me dijo: "Tengo un encargo de don Rafael Huete, (propietario del Diario de Costa Rica) Dice que desea que se venga a trabajar con nosotros; que tiene algo muy bueno que ofrecerle". Yo ya tenía novia y había resuelto quedarme en Costa Rica. Porque desde un principio me di cuenta de la clase de democracia que aquí se vivía; no había distinciones o discriminación en lo social; veía que un campesino, un hombre pobre, o un individuo de la clase media se casaba con la hija de un hombre adinerado porque nadie tenía prejuicios y el hecho se veía como algo natural. Cosa muy distinta a lo que yo había vivido en España y en los otros países de América!

"Pues bien, cuando Mini Salazar me dio el recado de don Rafael, quien deseaba que me fuera a trabajar al "Diario de Costa Rica", no lo pensé mucho, entre otras razones porque yo estaba pensando en casarme y en el empleo anterior tenía un sa-



En el salón de sesiones del viejo Congreso Constitucional. Don Manuel Formoso toma notas para sus crónicas. En otro asiento similar escribieron los suyos, Joaquín Vargas Coto, Fernando Borges, Joaquín García Soto y otros colegas.

lario más bajo. Recuerdo con mucho cariño a mis compañeros de "La Nueva Prensa": Fernando Paláu, quien fue como mi hermano hasta que murió, Eduardo Chavarría, compañero de tantos años y escritor por aquellos días de unas crónicas románticas que firmaba como "Eduardo Cavalcanti", un hombre muy simpático, muy agradable; José Angel Zeledón, un nicaragüense, valiente y peleador —siempre es necesario un individuo así en el periódico—; estos compañeros y algunos más que se me escapan de la memoria en este momento, formábamos la redacción de "La Nueva Prensa".

Redactor parlamentario y presidencial

"Entonces yo me fui a trabajar al "Diario", con un sueldo de 90 colones semanales. Desde el primer momento me asignaron a cubrir las informaciones de la Casa Presidencial y del Congreso; también del Ministerio de Gobernación, que estaba situado en el segundo piso del Palacio Nacional, hoy Banco Central. Por cierto que el ministro de Gobernación de don Cleto era don Fabio Baudrit, sobrino del presidente y un buen escritor humorístico que firmaba con el seudónimo Foxes".

"Para mí con Cleto era excepcional. El primer día que lo visité me dijo: "Ya me dijeron que iba a venir usted, un español; tengo algunas referencias. Dígame, usted de dónde es, de qué región de España? "Don Cleto, yo soy de Zaragoza". A mí me emocionó mucho, me penetró muy hondo el hecho de que el presidente de Costa Rica, especialmente porque tenía una idea de lo que eran los presidentes en otros países —y de lo que era el jefe de estado en España— me emocionó decía, que aquel hombre, con una sencillez ad-

mirable, me hiciera esa pregunta. Pero más me emocionó su comentario cuando le dije que era de Zaragoza. "Ah —respondió de inmediato— la ciudad de los sitios? Usted debe ser muy valiente porque los aragoneses tienen fama de valientes; en Zaragoza fue el único lugar al cual no pudieron penetrar las tropas de Napoleón cuando conquistaron casi toda España; los franceses estuvieron detenidos a las puertas de Zaragoza tantos meses; y Agustina de Aragón, una mujer que le llevaba la comida a su esposo, cuando vio que en el tiroteo su marido caía muerto, tomó la mecha ardiendo de manos del valiente caído, le pegó fuego al cañón y barrió a los franceses que ya iban a entrar por... "Don Cleto me empezó a recitar todos los episodios nacionales de España, que los conocía al dedillo; ahí me demostró que conocía a Zaragoza casi mejor que yo. De inmediato me di cuenta que estaba ante un erudito, un hombre de una cultura extraordinaria, sencillo y humilde como son los que comprenden que, por mucho que sepan, es mucho más lo que ignoran.

"Don Cleto me trató con gran cariño desde el primer momento. Cuando había alguna discusión en el Congreso, el Presidente me hacía el honor de preguntarme sobre lo que se aprobaba o se trataba en la Cámara. Yo le respondía "tales y tales asuntos", sobre los cuales, por lo general, él me daba una lección de derecho. "Tal proyecto es para modificar esto o para hacer esto otro", y sobre aquello me hablaba largo y tendido. El gran presidente era muy madrugador; desde tempranas horas estaba en su despacho; muchas veces se hacía acompañar por Tobias Escribano, su edecán, para ir a inspeccionar personalmente los trabajos que estaba haciendo el gobierno. Por ejem-

plo, la carretera San José-Cartago, que la hizo la administración González, o cualquier otra obra de importancia.

"A don Cleto yo le debo muchísimo; en primer lugar, por ser conmigo tan sencillo, tan afectuoso; en segundo término, por las lecciones que me dio de civismo, de cultura, de derecho; discutíamos él y yo; yo, en mi atrevimiento de joven, y él en su capacidad de gran jurista, de gran maestro, porque tenía todas las cualidades de un maestro, me estimulaba a que le llevara la contraria. Más de una vez me dijo: "Formoso, usted tiene mente jurídica, usted habría sido un gran abogado, porque aplica la lógica y el derecho es lógico; el derecho es espíritu de justicia que debe establecer el bien; procurar que todos los hombres disfruten de las mismas condiciones en su propia vida; que a todos se les dé el mismo tratamiento". Estas lecciones durante cuatro años me sirvieron de mucho. Por eso siempre me he sentido en deuda con quien tan generosamente me las dio.

"Al cabo de dos años y medio de cubrir la Casa Presidencial yo ya tenía un buen conocimiento del país, gracias a esas clases de don Cleto que comenzaban en el viejo Congreso Constitucional, algo muy distinto a lo que es hoy día la Asamblea Legislativa. Por aquella época hacíamos el Diario de Costa Rica los colegas Sergio Carballo, Ricardo Castro Beeche, Mini Salazar, Pío Luis Acuña, Ramón Caldera, Macabeo Vargas, Francisco María Núñez, y dos grandes escritores nicaragüenses: Salomón de la Selva, ensayista, poeta, literato, y Adolfo Ortega Díaz, autor de una serie de artículos firmados con el seudónimo Proteo, y fundador de la magnífica revista literaria "Brecha".

Continúa.

50 años en el yunque del periodismo

35 AÑOS DE CRONISTA PARLAMENTARIO

"Costa Rica tenía en aquella época una gran cantidad de eminentes parlamentarios como don Arturo Volio, don Carlos María Jiménez, don Juan Rafael Arias, don Santos León Herrera, don Manuel Coto Fernández, don Julio Acosta, don Carlos Brenes Ortiz y otros no menos notables como dicho sea de paso, no los ha vuelto a tener. No los ha vuelto a tener porque el Congreso, esa institución a la cual siempre he querido y admirado, ha sufrido una lamentable transformación.

"Hay gentes que han dicho que yo soy enemigo del Congreso, porque nunca he podido ser lo que anhelo, según ellos: ser diputado. Para demostrar la falsedad de esta afirmación, mi querido Salguero, basta citar algo fundamental: yo nunca había dejado de ser español. ¿Cómo iba a ser diputado un extranjero? Yo no me hice costarricense hasta hace muy poco tiempo, cuando se estableció la doble nacionalidad y ya no era imprescindible decir "renuncio a mi nacionalidad española", cosa que no habría podido hacer, porque me sentí orgulloso del suelo en donde nací y porque quitarse la nacionalidad no es como quitarse una camisa ya usada. Entonces cuando se podía conservar la nacionalidad de origen, opté por hacerme costarricense; y lo hice porque le debo tanto a Costa Rica, que me dio a la santa mujer que me ha acompañado durante 43 años, me dio cuatro hijos de los cuales me siento orgulloso, 16 nietos y es un país al que quiero como si aquí hubiera nacido.

"El nacer aquí o allá es un accidente. Al respecto recuerdo una anécdota. Un español, el padre Junoy, quien vivió largos años en Costa Rica y murió aquí, pero que era catalán y nunca renunció a su tierra, se metió a la revolución con don Julio Acosta contra los Tinoco, ya que se sentía más costarricense que nadie. Este padre escribió un libro que se llama "El jirón de una sotana". En sus últimos años fue párroco de San Rafael de Ojo de Agua; los alajuelenses lo querían mucho pues era franco y se sentía más "manudos". Pues bien, una vez el padre Junoy tuvo un pleito con el diario "La Hora", propiedad de Ulate, le dijo: "Usted ni es costarricense, es español y se está metiendo demasiado en la política", y luego asomó la posibilidad de expulsar al padre, lo que habría sido una monstruosidad, ya que Junoy había prestado grandes servicios a Costa Rica. Entonces el sacerdote, que como buen español no se dejaba tentar pulga, contestó: "Nacer aquí, o nacer en España o en la China, es un accidente; yo tengo unos chanchos en el corral, que nacieron en Costa Rica; ¿son más ticos que yo esos chanchos por el hecho de haber nacido ellos en este país y yo en Cataluña?".

"Bien. Yo creo que hay un gran fondo de verdad en que uno no es exactamente del lugar en donde nació; sino el lugar que escoge luego, con libre albedrío. Naturalmente que si uno nació en un lugar bueno, que se quiere, que vale la pena ser de allí, pues se siente una toda la vida de aquel sitio; pero si se tiene la inmensa fortuna de caer en un país como Costa Rica, y le va tan bien como me ha ido a mí, a la vez se siente, como yo, español porque nací allí, y costarricense, porque sin haber nacido aquí, escogí a Costa Rica como mi segunda patria. Yo leí a no recuerdo cuál autor que sostenía que "la Patria es menos, dentro de los valores espirituales, que la filia"; y qué es la "filia"? El país que uno escoge, ya que esa tierra se convierte en algo como hija de uno de su voluntad, porque el país no lo escoge a uno, sino uno escoge al país.

"Pues bien, ya dije que yo tenía, además de la Casa Presidencial, la fuente del Congreso Constitucional. Desde entonces yo soy un enamorado de esa institución, que es la representación popular. La estructura legal y filosófica de nuestro régimen se basa en que el pueblo se gobierna a sí mismo por delegación al elegir los poderes públicos, legislativo y ejecutivo; en votación secreta; y el judicial por delegación, ya que lo elige la Asamblea Legislativa—. Este tipo de gobierno democrático es, para mí el que más conviene a los pueblos. Porque si bien en mi juventud tuve ideas de que podía ser construida una sociedad socialista, no mediante el socialismo científico de Marx, sino "socialista libertaria" —poniendo en primer término la libertad, cosa que los marxistas eliminan— no había encontrado una respuesta concreta hasta llegar a Costa Rica. En mi juventud yo pertenezco a ese movimiento de "socialismo libertario", porque habla leído poco, no tenía puntos de referencia, de allí esa inclinación. El régimen democrático republicano, ejercido como se ejerció en Costa Rica desde los albores de la independencia (con ligeras interrupciones, como excepción, que no altera el juicio global) resulta el menos injusto que conozco, y yo me identifiqué de inmediato, pues si bien tiene sus defectos como obra humana que es consideraba que era el mejor.

Viviendo la democracia, real, auténtica, de Costa Rica —cuyo régimen democrático permite realizar sin violencia todas las conquistas y reformas sociales que soporte la economía del país— llegué al convencimiento de que el país iba por el buen camino, y que yo debería luchar por nos desviarnos de él. Para que mis hijos disfrutaran de sus bondades, pues ya era padre de los dos primeros.

Costa Rica y sus hombres me habían enseñado cómo una sociedad avanza, progresa, y aun reforma sus estructuras jurídicas en paz, sin violencias, por consenso, realizando cada cosa a su hora. Porque gobernar no es soñar, sino una ciencia muy difícil para aprenderla en pocos días. Antes de venir a Costa Rica había visitado muchos países: —en unos había dictadura, en otros encontré gobiernos que de civiles no tenían más que la etiqueta, porque en el fondo también eran dictaduras—: comparé aquí, un gobierno como el de don Cleto; y en el Congreso los grandes personajes que ya cité, con una gran jerarquía intelectual y moral, principalmente, y que actuaban con patriotismo y con gran sencillez, como quien sabe que ocupa una alta posición para servir y no para servirse de ella.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL PODER LEGISLATIVO

"Los congresos de entonces eran infinitamente superiores a los de ahora porque la capacidad intelectual de sus integrantes era más elevada. Claro, siempre había sus excepciones. Por ejemplo, una vez un diputado, envió una comunicación a la presidencia del Congreso, en la cual manifestaba que se había enfermado y no podía asistir a las sesiones, y que si el reglamento lo permitía, en vista de que él no podía concurrir, enviaba a su hijo a sustituirlo. No lo hizo por la dieta, porque en aquella época era cualquier cosa, sino porque creía su deber no dejar a su provincia sin representación.

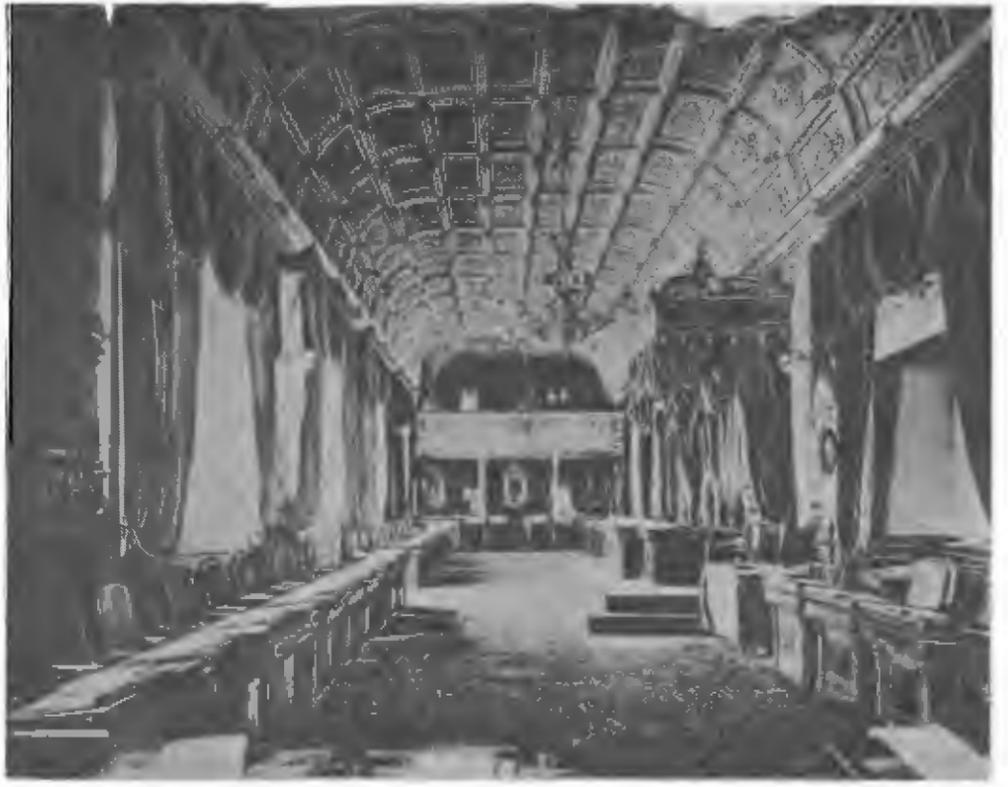
"Así pues, no todos eran notabilidades, pero los que no lo eran tampoco trataban de imponerse; actuaban a la sombra de los otros. Sin embargo, uno de aquellos diputados no tan brillantes se metía mucho en discusiones baladías, o serías pero en las cuales siempre llevaba

as de perder. En una ocasión este señor, que tenía un competidor de su propia provincia, pero con más talento, le dijo a este, su rival: "No, pero si usted casi nunca viene a los debates, no representa a su cantón, nunca habla...". El otro pidió la palabra a don Arturo Volio, el presidente, para "contestar alusiones personales"; se puso de pie y dijo: "Quiero decirle a mi colega y comprovinciano que yo en mis actuaciones de diputado tengo muy presente aquel sabio consejo que dice: "Vale más tonto callado que tonto hablando"; y se sentó. Inmediatamente la Cámara irrumpió en una ovación, porque el otro ya tenía hartos a sus colegas.

LEGISLAR ES GOBERNAR

Usted me pregunta: ¿Por qué ese congreso de entonces le merece a usted tanto respeto, tanto cariño?; y yo digo: no sólo por la calidad de los diputados, sino por el papel que representaban en la vida democrática de Costa Rica. En aquella época verdaderamente legislaban, y legislar es gobernar. Y en esto la Constitución misma es la que da las normas, pese a los principios absurdos que le embutieron, como quien hace chorizo de caballo, en el año 1949. Pero aun con esto, se mantienen los viejos principios de la Constitución de 1871 que dicen, por ejemplo, que es trabajo individual de los legisladores su presencia en la Cámara; que iban o deben ir a ésta no a ganarse el sueldo, no a acatar la disciplina de un partido, no sólo a arreglar un camino de su provincia, sino que "el diputado se elige en papeletas provinciales, pero es diputado por la nación". Por esto la Constitución lo rodea de toda clase de facultades y potestades para que desde el momento en que resulte electo, esa persona sea intocable, no pueda ser detenida por las autoridades, presionada, sino respetada y auxiliada; sólo podrá ser detenida si lo encuentran cometiendo un delito infraganti; y sólo podrá ser juzgada con la autorización de la Asamblea, por medio de votación y por mayoría de las dos terceras partes.

"Pues bien, volviendo a los viejos Congresos, voy a citar un caso. El principio constitucional que establece que en Costa Rica están prohibidos los monopolios; y que solamente el estado puede monopolizar determinadas actividades que se consideran de utilidad nacional, se llamó durante muchos años "ley Coto Fernández". ¿Por qué? Porque la dio un gran legislador, un gran abogado, un eminente constitucionalista que se llamó don Manuel Coto Fernández, tío de los Vargas Coto. Como este caso podría citar cientos que se encuentran en las colecciones de leyes, que solían emitirse no como ahora que se emiten para favorecer los intereses de determinado grupo o elemento, sino el interés del país. En los nuevos congresos se han creado organismos que cuando se emitió la ley ya estaban electos los gerentes, las directivas; organismos que nacieron no por una verdadera necesidad nacional, si-



Salón de sesiones del antiguo Congreso, situado Palacio Nacional, hoy Banco Central.

no para favorecer a amigos políticos.

"Otro caso entre centenares que podría citar de los Congresos viejos, es el de la ley que dice que las fuentes de energía eléctrica, las aguas de los ríos, son nacionales, son inalienables; fue redactada y luego llevada a precepto constitucional por el diputado don Julio Padilla Romero. Julio fue mi compañero de trabajo en el Diario de Costa Rica, en donde él era jefe de la sección de linotipos. Julio fue el prototipo del viejo operario tipográfico; en todos había una base cultural muy firme. Hay casos como el jefe del socialismo español en aquella época, Pablo Iglesias, apóstol de su causa, un hombre de vasta cultura, quien era tipógrafo. Aquí Julio Padilla, otro tipógrafo, diputado del partido Reformista, el teórico de este partido, fue quien llevó a la Constitución la nacionalización de las aguas. Y este fue el primer paso que se dio hacia la nacionalización de los servicios eléctricos. Después de esta norma constitucional vino la ley que le dio vida al Servicio Nacional de Electricidad.

DISCIPLINA DE PARTIDO ENEMIGA DE LA DEMOCRACIA

"Tenemos, entonces, que los legisladores de aquella época verdaderamente legislaban, ejercían su función soberana, de dar leyes bien discutidas, bien pensadas, y analizadas, no sólo dentro del Congreso sino en la calle, en los periódicos, en todas partes. Nosotros en los diarios hacíamos crónicas muy largas de los debates; y cada crónica de aquellas era una lección de civismo, en las que se exponían los distintos puntos de vista: en lo de la electricidad, don Alfredo González a favor de la nacionalización y don Ricardo Jiménez, en contra, ya que sostenía la teoría de que toda actividad que pueda estar en manos de

la iniciativa privada es preferible que siga en manos de particulares. Yo en cierta forma he participado de las ideas de don Ricardo; pero en ese caso, no, ya que creo, y creía entonces, que las fuentes de energía eléctrica, las comunicaciones, los transportes de ferrocarril, ciertos servicios públicos, los que no son productivos, que están en manos de la empresa privada, deben pasar al Estado porque hay servicio de estos tan importante que si no está en manos del Estado, no tiene éste verdadera soberanía, ya que una parte de su potestad se encuentra en manos de particulares, y esto es malo.

"Pues mi amigo, ese era el Congreso que yo conocí, que yo viví durante muchos años; el Congreso que yo echo tanto de menos, porque después me tocó ver con gran dolor cómo descendía esta institución, principalmente por política; no por la verdadera "política", que es el arte de gobernar, sino por la politiquería, los intereses personales, la vanidad de los candidatos, y el interés de partido, porque hasta se ha llegado a decir —y todos sabemos quién fue el que lo dijo porque en Costa Rica todos nos conocemos— que "lo único inmoral que hay en política es perder". Esto es una monstruosidad. Los partidos se dieron cuenta de que para ganar las elecciones en cantones y provincias era más útil colocar en sus papeletas de diputados no a los ciudadanos más capaces y patriotas, sino a los más populares y a los que dan más altas contribuciones para la campaña.

¿Es esto una ventaja de puestos públicos? ¿ha causado muchos daños a nuestro régimen democrático? A estas preguntas formuladas a don Manuel Formoso por nuestro reporter Salguero dará franca respuesta el viejo cronista parlamentario en la próxima y última entrega de esta serie.

Continuará la semana entrante.

50 años en el yunque del periodismo

Parte final de la entrevista hecha a don Manuel Formoso Peña con motivo de su jubilación tras medio siglo de brega periodística. M. Salguero.

"No puede existir la democracia si en un pueblo no hay libertades de prensa y de palabra y si ese pueblo no cuenta con un Poder Legislativo capaz, independiente, consciente de que en sus manos está el desempeño de la función soberana de dar las leyes y normas que han de regir la vida de sus conciudadanos e instituciones. De ahí que, en mi criterio, la necesidad más urgente de Costa Rica —en el orden político social— es recuperar la pérdida independencia del poder legislador.

Abonan esta creencia mía —no de hoy sino de siempre— los hechos que está viviendo la gran democracia norteamericana en estos días. La representación popular, la prensa y medios de difusión examinando, sin temores, la conducta del presidente y altos funcionarios. De todo ello ha de salir robustecido su régimen, nos replicó sin vacilación don Manuel Formoso. Así como a las demás preguntas que le planteamos en esta última entrega de la entrevista que le hicimos para recoger sus impresiones al jubilarse después de medio siglo de ejercer el periodismo:

El localismo en el Congreso

Los viejos congresos estaban constituidos por los mejores hombres del país, que querían servir a Costa Rica. Su integración no respondía a cálculos políticos. Don Luis Anderson, por ejemplo, un gran jurista, fue diputado por Limón; don Manuel de Jesús Jiménez lo fue por la provincia de Alajuela; don Ricardo Jiménez salió electo por San José y Cartago; entonces las provincias no sentían el localismo que tienen ahora, un localismo que ha desnaturalizado la institución. En la elección del periodo 1935-40 fue cuando el partido que llevó al poder a don León Cortés hizo sus papeletas de diputados con un cálculo estratégico, como quien planea una batalla electoral. Quiero recordar que yo fui cortesista y miembro del comité de prensa del partido que le dio el triunfo. Yo visitaba en ese tiempo el Congreso, la Casa Presidencial, y el Ministerio de Fomento — hoy de Obras Públicas.— Don León me tenía confianza, me mandaba casi todos los días, al terminar las sesiones el Congreso, la "cuña" o vehículo oficial N° 2, manejado por su chofer, de apellido Escobedo, para mi traslado a su despacho. En ese tiempo había cinco vehículos oficiales para el servicio en todo el Gobierno: uno en el Ministerio de Relaciones Exteriores, otro para el Presidente de la República, el tercero para el Ministerio de Fomento, y los otros dos para otros ministerios. El presidente del Congreso no tenía vehículo; y recuerdo que yo acompañaba a don Juan Rafael Arias hasta la estación de camiones para que tomara el autobús que iba rumbo a Heredia; don Juan Rafael fue un gran parlamentario, estadista y presidente de la cámara legislativa.

Pues bien, le decía que yo era cortesista. En aquella época yo trabajaba con el Diario de Costa Rica, Rafael Soley en La Tribuna y Eduardo Chavarría, en La Prensa Libre. Los tres visitábamos la oficina de don León; comenzamos a destacar la personalidad del Ministro, que además administraba el Ferrocarril al Pacífico, un hombre muy dinámico, muy trabajador; que no permitía que hubiera como en otras épocas, tres peones y cinco "listeros" —o "controladores" del tiempo— entonces sí, que ese fuera nuestro propósito, le fuimos creando una candidatura a don León con nuestras informaciones. Un día el general Jorge Volio me dijo a mí en el Congreso: "Mirá, Formoso, vos estás ayudando a León Cortés, que es un bilioso, pero esa es

una candidatura de papel, que se la están haciendo ustedes en los periódicos". Yo le respondí: "No, Jorge —lo "voseaba" con toda confianza ya que fuimos muy amigos— y por cierto: Jorge Volio es mucho más grande de lo que aparece en una biografía que publicaron hace poco en la serie "Quién fue y qué hizo", del Ministerio de Cultura—; no Jorge, le dije al General, don León es todo un señor ministro y tiene grandes capacidades para ser presidente".

Pues bien fue el partido de don León —el Republicano Nacional— el que inició el sistema de hacer las papeletas para diputados con criterio electoral; para asegurar el triunfo, llevando a las curules a los que tenían más cantidad de votos. El sistema dio buen resultado y se aplicó en posteriores elecciones, ya en condiciones peores; exigiendo contribuciones económicas y popularidad. Olvidando que hacer leyes es algo muy complicado, que no está al alcance de un señor pulpero, con dinero aunque tenga una gran clientela y lo quiera mucho el pueblo, pero que no sabe nada de hacer leyes. En consecuencia, en el periodo comprendido entre 1936-1940, el Congreso descendió el primer escalón de su altura intelectual. Luego, en 1940 en vista del buen éxito que había dado el procedimiento, se aplicó con mayor intensidad. Desde entonces se viene aplicando en cada elección. En esta forma no se eligen los mejores diputados sino los más disciplinados, los que dan contribución más

fuerte, los que llevan más votos. Así las cosas, el Poder Legislativo, al que yo he querido tanto, por el que me he peleado tanto, ha descendido hasta el nivel en que se encuentra en la actualidad; cuando legisla la disciplina de partido, no la conciencia del diputado para votar libremente por lo que considere lo mejor para el país. Si acaso esporádicamente alguno se aparta de la fila disciplinada, se expone a que lo califiquen de "huero".

Grandes cosas de un periódico

Nosotros hemos librado grandes batallas en bien de Costa Rica. Y ese era deber nuestro que Castro Beeche y Carballo conocían bien. El periódico no puede ser un espectador de lo que está pasando en el país; es protagonista de la vida pública y tiene que participar activamente en la defensa de lo que considere más conveniente a los intereses nacionales. ¿Por qué? Porque vivimos un régimen de opinión pública y nuestra obligación es hacer periódico con sentido de servicio público, abogar por las cosas que más convengan a Costa Rica. La iniciativa puede haber salido de este o aquel partido, eso no importa. Si es buena, apoyarla con todo entusiasmo; y si es mala, combatirla con toda valentía, pase lo que pase. La función del periodista aparece un riesgo; poner un periódico no es lo mismo que poner una carnicería, un negocio cualquiera para ejercer la usura; no, nuestra profesión es algo muy elevado, una posición de lucha permanente, de pelea por el bien público.



Don Manuel Formoso Peña

Una vez, al referirse a mi persona, don Alberto Cañas, ministro de Cultura, Juventud y Deportes, dijo en su columna que yo era "un periodista enojado". Yo me he enojado muchas veces, es verdad; nunca me molestó ese adjetivo de Beto Cañas, porque casi me definió como lo que pienso que soy. Es más, me resultó grato porque creo el periodista debe de enojarse cuando cree que hay motivo para ello; decir las cosas como son, porque si sabemos algo que interesa al país y no lo decimos, nos convertimos en cómplices. Claro que por la ley de imprenta los periódicos corren muchos riesgos, pero siempre existen formas de decir las cosas, de denunciarlas, tratando de no caer en las redes de una ley de 1902, bien inspirada, pero que se va a los extremos al juzgar al periodista como coautor de la injuria; que cometa un colaborador; esto es un razonamiento simplista.

Pues bien, yo creo que un tipo de periódico valiente e independiente es el que debe hacerse; y el que se ha hecho en Costa Rica. La Nación siempre ha mantenido esa posición. Y su gran prosperidad reside en esa actitud bien comprendida por los costarricenses, que saben que el periódico está a su servicio y en permanente defensa de los intereses de Costa Rica. Se enfrentó al doctor Calderón Guardia, se enfrentó al llamado "Bloque de la piña", y se enfrentó luego a otros intereses, entre ellos la política socializante de la junta fundadora.

Algo que no se ha dicho

Yo voy a decir algunas cosas que se han olvidado y otras que no se conocen; al decir las, creo que le hago un servicio al país.

La Nación, que nació a fines de 1946 en momentos de gran convulsión nacional, era un periódico tabloide —cuando los otros diarios eran de gran tamaño—, y por lo tanto no tenía gran

influencia, a pesar de que sus directores eran dos periodistas excelentes, muy conocidos: don Sergio Carballo y don Ricardo Castro Beeche. En esa época yo dirigía La Tribuna y Otilio Ulate el Diario de Costa Rica.

La Tribuna era propiedad del general José María Pinaud; pero cuando este gran luchador cayó enfermo los médicos le dijeron que debía dejar de trabajar tan intensamente. Entonces surgió un grupo de amigos políticos del doctor Calderón Guardia y adquirió La Tribuna, para que el partido Republicano no se quedara sin un órgano de difusión. El doctor Calderón me pidió que dirigiera la nueva etapa de La Tribuna, pero yo me negué. Entonces sugerí el nombre de Fernando Paláu, quien dirigió ese periódico un tiempo; después, le ofrecieron la gerencia de la empresa atunera y la Distribuidora S.A., y aceptó. Entonces yo quedé de director, casi contra mi voluntad.

Aquí viene un punto interesante que quiero relatar para que sirva de experiencia. En aquella época, y por primera vez en una campaña política, los periódicos, que siempre fueron en Costa Rica un elemento moderador, no fueron neutrales sino combatientes y contribuyeron a que los problemas políticos se resolvieran violentamente; en lugar de apaciguar los ánimos estimularon las pasiones en sus páginas e hicieron posible llevar al país a la guerra civil. Esta es una lección muy amarga que no se debe olvidar.

Vino el fallo del Tribunal de Elecciones cuya mayoría declaró triunfante al partido de don Otilio Ulate. Vinieron, asimismo, las protestas del partido calderonista, que en alguna medida tenía razón al alegar que en la provincia de Puntarenas su gente no pudo votar; pero hubo un fallo que estaban obligados a respetar, y aquel partido no lo respetó y esto precipitó la tragedia.

Continúa.



"Quiero escribir un libro sobre don Cleto, el más costarricense de los costarricenses...".

50 años en el yunque del periodismo

Desde el primer momento estuve en desacuerdo absoluto con la tesis de no respetar el fallo del Tribunal —y personalmente se lo hice saber al doctor Calderón, a quien le presenté mi renuncia y le hice la entrega de las llaves de La Tribuna. "Bueno —me dijo, vista mi decidida resolución— pero a quién nombramos de director?". Yo había visto al ingresar a la Casa del Lector a Efraim Monge, diputado y profesor, magnífica persona, quien estaba muy cerca del periódico, y entonces se me ocurrió: "Bueno, y por qué no nombrar a Palín Monge, que es como un elemento de La Tribuna y lo van a recibir muy bien los compañeros?". Aceptaron y fue así como se nombró a Efraim Monge Bermúdez director del periódico. A la salida de aquella reunión me encontré con don Francisco Fonseca Chamier, presidente a la sazón del Congreso Constitucional. Quizá me vio un poco alterado porque me preguntó: "Manuel, ¿qué te pasa?". "Pues nada, que le he dicho esto y esto al doctor Calderón y no quiero participar en nada de lo que sigue si se desconoce la elección de Ulate". "Pues siento mucho darle otro disgusto —me contestó Paco Fonseca— porque yo también voy a decirle lo mismo". Me fui a la máquina de escribir, hice un editorial en el cual yo mismo me despedía; esto es fácilmente probable porque se encuentra en las colecciones de La Tribuna. Yo decía: "Después de haber trabajado durante tantos años en nuestro periódico, nuestro director, Manuel Formoso, por decisión inquebrantable, abandona la dirección de La Tribuna, y se va a apartar de todo lo que tenga que ver con el periodismo y la política".

A los 48 años —yo voy con el siglo— me encontré sin trabajo, y sin experiencia en otras actividades, ya que toda mi vida había sido periodista; y con cuatro hijos que mantener y educar. Tuve problemas económicos muy serios ya que mis muchachos estaban en la segunda enseñanza.

Yo, como socio de la Casa España, me venía de Guadalupe en autobús y me metía en la biblioteca a leer revistas viejas o a jugar ajedrez, para olvidar los problemas. No sabía qué hacer, hasta que un día el administrador, por milagro, dejó el puesto; entonces yo solicité este trabajo. La directiva se mostró más bien con extrañeza de que yo estuviera dispuesto incluso a colocarme detrás de un mostrador, a servir tragos o comidas; yo les dije: lo hago con mucho gusto; no se me empeña ningún blasón porque yo no soy de familia aristocrática sino de puro pueblo; por el contrario, me sentiré muy contento porque me voy a ganar la vida y la de mis hijos. Pues ahí seguí la lucha, hasta que un día yendo para el correo me encontré con don Ricardo Castro Beeche, director de La Nación, quien fue siempre un gran amigo mío y con quien trabajé 9 años en Diario de Costa Rica. Me saludó, muy cariñosamente y se empeñó en que yo viniera a trabajar a este periódico.

En aquellos días yo estaba un tanto amargado con mis colegas, porque nunca sentí la solidaridad del gremio en torno a mí; unos por miedo, otros por conveniencia, y los de más allá por precaución, lo cierto es que no sentí el compañerismo en mis horas duras. Fueron muy pocos, contados con los dedos de la mano, los que me ofrecieron ayuda; entre éstos, el mejor de todos: Samuel Bermúdez, ahora dueño de Radio Libertad. Samuel que había estado con Figueres llegó y me dijo: "Manuel —él había trabajado conmigo un tiempo en La Tribuna—; si usted no tiene dinero, yo le doy el pasaje para que se vaya a México, porque aquí lo van a molestar mucho". Le dije: "Samuel, muchas gracias, hijo, pero yo no he salido corriendo nunca; me quedará aquí, y si me va a ocu-

rrir algo, que me ocurra dándole la cara a mis adversarios, no la espalda". No me ocurrió nada grave; así, pasado un tiempo, y por gestiones de don Ricardo, vine a La Nación, en donde he estado más de 20 años; y aquí seguiría si no fuera porque tengo más de 74 años, y siento que ya es el momento de retirarme.

Continuaré trabajando

Me retiro, no a descansar porque descansar es morirse un poco; no, yo continuaré trabajando. Quiero escribir algo sobre don Cleto González Viquez, para pagarle en algo a ese viejito tan bueno, el más costarricense de los costarricenses, lo mucho que hizo por mí. Don Cleto salía de la presidencia a pagar deudas, porque cuando le contaban lástimas era demasiado "suave" y con facilidad firmaba fianzas; después, don Cleto tenía que correr a ver cómo pagaba aquello. Si, para mí don Cleto es el gran olvidado de Costa Rica. Gracias a su acción de gobernante visionario, regó cañerías por todo, el país; y si don Ricardo, por ser extrovertido, era el de las frases galanas, don Cleto hizo de la Costa Rica de aquella época el país de América Latina con mayor cantidad de cañerías. Consiguí un empréstito de seis millones, que en esos años era mucho dinero. Y cuando yo le dije: ¿cómo haremos para pagarlo? Me replicó: "Un pueblo enfermo no puede ser un pueblo rico. Ve usted esos chiquitos panzones, que no tienen voluntad para nada? Están llenos de parásitos; hay que combatir esto con cañerías". Otros pueblos de América más ricos que el nuestro, con trigo o petróleo, no tuvieron en ese campo el desarrollo de Costa Rica. Todavía en muchos países de Hispanoamérica hay poblaciones que se surten de agua en una fuente pública de la plaza del lugar.

Quiero también hacer algo sobre la política costarricense en los últimos años. Es una obra necesaria. Dice un refrán español que "el que hace un cesto hace ciento, si le dan mimbres y tiempo". Yo quiero escribir sobre mi labor periodística su general y de cronista parlamentario y también, sobre el 48, y los antecedentes de este hecho histórico.

Un hecho del 48 que pocos conocen

Porque hay ideas erróneas —amigo Salguero— que, de repetirse tanto, la gente las llega a tener como ciertas. Aquí se ha repetido que la libertad electoral se le debe al régimen instaurado en el año 1948, que se ha llegado a tener esto como artículo de fe. Y las cosas son muy distintas. Creo que el pueblo tenía razón en levantarse en armas ante el fallo absurdo del Congreso "de los 27". Hay momentos en que los pueblos no tienen otro camino que la sublevación; y la actitud de los ciudadanos estuvo justificada, porque se trataba de burlar su soberanía.

Pero no se respetó la voluntad popular, porque al triunfar el movimiento don Otilio Ulate no tomó el poder de inmediato, ni se reconoció la elección para diputados. Ulate pactó con la Junta Fundadora de la Segunda República, que gobernó de facto durante año y medio. Si los triunfadores no se quedaron de una vez en el Gobierno ello se debió, precisamente a la actitud de personas como don Ricardo Castro Beeche y don Sergio Carballo, quienes fueron los primeros en detectar las intenciones de don José Figueres, y algunos de sus hombres de la Legión Caribe al llegar a Cartago en abril de 1948.

Cuando las tropas de Figueres llegaron a Cartago, los directores de La Nación Carballo y Castro Beeche se trasladaron a la Antigua Metrópoli para entrevistarse a los ganadores de la guerra civil. Al conversar con el señor Figueres, los periodistas ci-

tados le preguntaron sobre la fecha probable de entrega del mando al presidente electo, señor Ulate; entonces don José Figueres preguntó: "¿Ulate? no lo hemos visto en los campos de batalla. Nuestro movimiento trae algo distinto; una Segunda República que va a hacer de Costa Rica la Atenas de América".

Reacción popular

A raíz de aquellas manifestaciones los señores Carballo y Castro Beeche regresaron muy impresionados a San José; asustados, porque la actitud del comandante en jefe de la Revolución echaba por tierra las elecciones, desconocía el orden constitucional, y preparaba el camino hacia la dictadura. Pero no solamente los periodistas sintieron lo irracional de aquella situación, sino el ulatismo, que comenzó a preparar una gigantesca manifestación en San José. Prueba de la actitud del señor Figueres es el hecho de que el grupo de combatientes alajuelenses, encabezados por don Alfonso Monge, abandonó las tropas revolucionarias y se dirigió a su provincia, a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

Don Juan Bautista Ortiz, la profesora Emma Gamboa, y otros distinguidos costarricenses prepararon una gran manifestación; y en vista de esta actitud, se buscó una fórmula de arreglo, que surgió de una reunión celebrada en casa de don Juan Dent. Allí se llegó a un acuerdo que, a mi juicio, no respetó el fallo del Tribunal Electoral. Porque en aquel pacto se convino en que la Junta de Gobierno gobernaría con todos los poderes durante 18 meses; se convocaría a una constituyente, y se desconocía la elección de diputados. Ulate recibiría el poder al finalizar el lapso de la junta. Con esta componenda ni se respetaba la elección que lo fue para el período 1948-1952, ni se respetó la voluntad popular en cuanto a la elección de diputados; y si el sufragio y el fallo del Tribunal eran buenos para elegir presidente, también debieron serlo para elegir a los legisladores.

Vino luego el período de la Junta de Gobierno, con disposiciones absurdas como el 10 por ciento de impuesto al capital, que obligaba a un pago inmediato, como si esta suma la tuviesen todos los ricos debajo de la almohada; y otros planes fantásticos para hacer "la Atenas de América". Don Sergio Carballo, muy atinadamente, llamó a este período "una paidocracia": (gobierno de adolescentes).

Los teléfonos italianos

Desde aquellas fechas existe una enfermedad malquerencia en contra de La Nación. Las personas que deseaban hacer mangas y capirotos de la administración pública se encontraron con un bastión en sus páginas. Por ejemplo, cuando se trató de darle los teléfonos a una compañía italiana, "La Centrale", de un tal Pietrogrande, nuestro periódico se opuso porque consideró que esos servicios, de utilidad pública, debían estar en manos de un organismo como el Instituto Costarricense de Electricidad, "ICE", no en poder de una compañía extranjera, ya que en este caso, como dije en otro reportaje, el Estado pierde parte de su soberanía al entregar un servicio esencial a manos particulares. Fue una pelea durísima ya que los gobernantes de turno tenían el contrato con La Centrale prácticamente consumado a raíz de un viaje que hizo el jefe del Estado por Europa. Fue cuando se hizo célebre aquella frase que repite aún nuestro pueblo: "Pa eso tenemos mayoría". Pero 12 diputados de oposición y este diario demostraron lo indebido del contrato y éste fracasó. Gracias a esta actitud el país es dueño de sus teléfonos y no La Centrale de Pietrogrande, cuyo contrato era por más de 30 años.



Ante las egregias figuras de don Cleto y don Julio Acosta recordamos que el primero siempre salía más pobre de la Presidencia. Y que el segundo, vetando la Ley de Reconpensa dijo aquellas palabras inmortales: "Si por servir a la Patria hay gloria, es que no hubo paga. Y si hubo paga, no puede haber gloria".

Casos como este son los que yo quiero recoger en un libro que abarque unos 50 años de historia costarricense. De tal manera que el retiro de que venimos hablando no es sino un cambio de actividades, pues quiero seguir escribiendo muchas cosas que de continuar en el periódico no podría escribir por falta de tiempo.

Para terminar

Para finalizar, mi estimado amigo Salguero, créame que me causa mucho dolor separarme de La Nación, de todos los compañeros de redacción, talleres y administración que tanto quiero. Yo tomo la resolución de retirarme obligado por los años, pues de lo contrario seguiría en mi puesto de combate. Creo que después de cumplir fielmente con mi obligación durante tantos años tengo derecho a escribir sólo cuando quiera, no obligado a hacerlo todos los días, porque en el periódico no hay más camino que escribir diariamente, téngase o no ganas de hacerlo.

Me retiro en condiciones económicas modestas, pero no soy hombre de muchos gastos; y sé que viviré sin preocupaciones económicas.

Quiero hacer patente mi profundo agradecimiento al pueblo costarricense por el gran cariño con que siempre me ha tratado, cada vez que me meto en campañas de bien público, como la de los puentes de la carretera a Limón, la bomba de cobalto, la reforestación, la ayuda para los

damnificados del Atlántico y de Managua, etc. Agradecimiento muy especial para la gente del pueblo, que es lo que más vale en este país. Y al Movimiento Nacional de Juventudes, del que me siento miembro a pesar de mis años. Creo que en los jóvenes está algo de lo mejor que tiene la patria.

Y me siento feliz por un hecho de gran transcendencia para el país y para mí: la calidad humana de los hombres, redacción y junta directiva en cuyas manos queda La Nación. Guido Fernández ha demostrado ser un gran director y estoy seguro que seguirá desmostrando, en unión de todos los compañeros redactores, que un periódico es grande cuando está al servicio exclusivo de los mejores intereses del país. La Junta Directiva, nunca ha pretendido marcar pautas a los profesionales que en el correr de los años tuvimos en nuestras manos la dirección del diario. Esa política —que ahora desde afuera puedo juzgarla de sabia— ha sido uno de los factores del éxito de "La Nación". Porque si el pueblo sabe que ese órgano es suyo, y que defiende las causas justas y ataca lo que considera perjudicial, entonces ese pueblo hace grande al periódico. Es lo que ha ocurrido con La Nación; y yo, al cumplir estos 50 años de lucha en las trincheras del periodismo, me retiro satisfecho de haber puesto mi granito de arena en ese gran edificio —no material desde luego— que significa contar con un gran periódico al servicio de Costa Rica.